

## HOMILIA ORDENACIONES. 28 SEPT 2019

Jer 1,4-9 ; Heb 5,1-10; Jn 21, 15-17

Queridos Gabriel y Juan Carlos, Daniel, Richard, Ignacio y Rafael; queridos sacerdotes y seminaristas; queridas familias de los ordenandos, queridos fieles todos:

Demos gracias a Dios por estos candidatos al sacerdocio que van a recibir el sacramento del orden sacerdotal, dos presbíteros y cuatro diáconos, para servir a la Iglesia, al Pueblo santo de Dios y al mundo entero. Mi enhorabuena a vosotros y a cuantos os alegráis hoy con ellos, especialmente al Seminario. Gracias especialmente a vosotros, formadores, profesores, párrocos que ayudáis en su formación y parroquias, y al presbiterio entero.

El Señor nos hace hoy un gran regalo. Os lo hace a vosotros, pero haciéndolo a vosotros, nos lo hace a todos nosotros, porque un sacerdote es un regalo, un don para la vida de la Iglesia. Pero, podemos preguntarnos, ¿porqué? ¿qué significa el sacerdocio, si somos ya un pueblo de reyes, de sacerdotes, y de profetas, dispuestos a gritar al mundo entero la belleza de ser cristianos, de conocer y haber recibido a Cristo? Significa que el sacramento que está en la base de todos los demás sacramentos es el sacerdocio, el sacramento personal por el que Cristo se hace presente al mundo y habita de una manera humana que prolonga, por así decir, la Encarnación en todos mediante el Bautismo. Pero tiene que haber unos hombres que le hagan visible, dispensadores de su gracia, que sean como el icono de Cristo vivo, que nos recuerden que Cristo está presente, no sólo con su palabra o con su predicación sino sobre todo con su vida, que Cristo nos ama por encima de todo, sean cuales sean nuestros pecados. Jesucristo jamás nos retira ni su amor ni su caricia, ni su ternura, ni su palabra. Queridos ordenandos: que con toda vuestra vida mostréis el rostro de Cristo, la actitud de Cristo, el abrazo de Cristo a los pecadores, la búsqueda de los extraviados, el ir detrás de la oveja perdida, el no dejar que nadie se pierda. Que a través vuestro cada necesitado pueda sentir su caricia, su ayuda, y una palabra de esperanza. Gracias a todos vosotros, sacerdotes aquí presentes, por ser un regalo por vuestra fidelidad, ejemplo y generosidad.

Este regalo —como os decía—, es una inmensa gracia para vosotros, pero el sacramento que recibís es, sobre todo, para los demás. Como dice Dios a Jeremías, es constituido “profeta *para* las naciones” (Jer 1, 4). Nunca lo olvidéis, porque sería una gran contradicción ponernos medallas o creernos superiores a los demás. Es esa tentación que tanto fustiga el Papa, el clericalismo, tan despreciable como sutil, en la que caemos cuando nos apropiamos del don recibido para establecernos en el poder, por pequeño que sea, y hacemos una Iglesia a nuestra medida, como dueños y señores, no como siervos. En este ministerio, queridos hijos, no puede haber élites ni corporativismos, ni grupos de presión, sino carismas que Dios otorga para servir al Pueblo de Dios. Quien recibe este sacramento, quien actúa en su nombre, quien le representa *in persona Christi* ha de olvidarse de si mismo y de sus intereses, y, de ningún modo puede, servirse de la Iglesia, en vez de ser su servidor.

Somos instrumentos de Dios, nada mas ni nada menos. Aunque te veas endeble e inexperto El te dice: “Irás donde te envíe”, “Yo pongo mis palabras en tu boca” (v.9). No os dejéis nunca engañar por el Maligno pensando que el sacerdocio es una especie de

profesión, como una carrera o doctorado en la que puede medrar, donde al final uno ejerce esa profesión como mejor se le ocurre. No es así. Nadie puede arrogarse esta dignidad si Dios no se lo da (cf. Heb 5,4). Entráis a participar del único sacerdocio de Cristo, que llega a nosotros a través de esa cadena física, que es la sucesión apostólica, y formáis parte de un cuerpo, que es un presbiterio al servicio del Pueblo santo de Dios. No perdáis nunca la conciencia de que nuestras vidas son para que el Señor se pueda hacer presente en ellas, y renueve así la esperanza y la alegría de los hombres en todas las dimensiones de la vida, no sólo en los actos religiosos. Porque la Eucaristía bien vivida empieza, en realidad, cuando termina la Misa, cuando vivimos el trabajo, el amor, la familia, el tiempo de ocio, como ungidos, como otros cristos consagrando el mundo. Sed, pues, instrumentos de Cristo, que es lo más precioso que se puede ser en esta vida. Disfrutadlo. Ahora bien, no es fácil dar la talla para ser así de dóciles en las manos del Señor, humildes y entregados. Como esto no es algo que podamos hacer sin la ayuda de Dios, vamos a pedir ahora por vosotros, que, mientras tanto, experimentando vuestra pequeñez, os vais a tirar al suelo –en este significativo signo litúrgico– mientras imploramos la ayuda de los santos y la fuerza de Dios.

Recordad siempre con realismo y así, humildemente postrados, que este servicio exige hacer nuestros los consejos evangélicos. Ciertamente son una gracia de Dios, pero los habéis elegido libremente porque sabéis que, más allá del componente jurídico de las promesas o votos que hacéis, son el camino de una entrega total que es una verdadera expropiación. Expresan vuestra consagración al Esposo por amor. La virginidad no hace más que potenciar el corazón, ese corazón de hombre y de varón, para amar a la Iglesia, Esposa de Cristo, con un amor semejante al de Cristo, un amor que nunca es posesivo, que sólo desea el bien de la persona, de cualquier persona, de todas las personas.

Este ministerio ordenado os hace ser colaboradores del ministerio episcopal, donde se comprende la obediencia, porque ser cristiano va más allá de tener ciertas ideas, o participar de unos ritos, o disponer de una serie de normas morales, etc. Ser cristiano es pertenecer al pueblo que nace del costado abierto de Cristo por la sucesión apostólica, con los Doce, a quienes el Señor les dio el poder de perdonar los pecados y de retenerlos, presididos por Pedro y que constituyen el esqueleto de la Iglesia. Cuando la Iglesia o cualquier cristiano, de una manera o de otra, se separa de su raíz, pone distancias, introduce cálculos humanos para protegerse, ese miembro de la Iglesia se deteriora, se desgaja y muere su fe. Un pastor puede tener muchas cualidades que el Señor le haya concedido, pero el único modo de ser y vivir su sacerdocio es la comunión con el Obispo, aquello que garantiza la verdad de la Eucaristía que celebramos. El Señor no ha librado a su Iglesia de ser humana, con las virtudes y dos defectos que cada uno podemos tener, pero ha sembrado en esa humanidad la gracia divina. La siembra hoy en vosotros de una manera especial. La ha sembrado en todos por el Bautismo, pero la siembra en los sucesores de los apóstoles con unos dones especiales para construir la Iglesia, y sin ese vínculo, no es que os distanciéis del obispo, es que os alejáis de Cristo. La obediencia filial, dócil y leal nos asemeja a Cristo en quien aprendemos qué significa obedecer (cf. Heb 5) y nos garantiza vivir auténticamente nuestra vocación en la fe.

Como nos enseña San Juan de Ávila, somos “segadores”, trabajadores de la viña del Señor. *Messor eram* (fui segador), el epitafio que aparece en su sepulcro, que refleja a

la perfección quién fue el apóstol de Andalucía: un predicador que siempre ponía en el centro de su mensaje a Cristo Crucificado y que buscaba con sus palabras, sencillas y profundas, tocar el corazón y mover a la conversión de quien le estaba escuchando. Precisamente por esto para trabajar o para predicar ante todo debéis orar. De vuestra oración depende, en gran medida, el fruto de vuestro apostolado, y no sólo por esa oración de intercesión tan valiosa, imprescindible del pastor por su grey, a la que también os comprometéis para siempre. Los sacerdotes necesitamos, cada día, ser transfigurados con un encuentro siempre nuevo con el Señor que nos ha llamado. Dejarse “conducir a lo alto” y quedar “aparte” con El (cf. Mc 3,14: “los escogió para estar con El y enviarlos a predicar”) no es un deber de oficio, una práctica exterior o una pérdida de tiempo con relación a las obligaciones del ministerio, sino el manantial de vida nueva que fluye en nosotros para impedir que se seque y agote ese “aquí estoy” que habéis pronunciado hoy, pero que ha de renovarse cada día. La vida sacerdotal es un “dejarse transformar” por la gracia de Dios para que nuestro corazón se vuelva misericordioso, inclusivo, compasivo como el de Cristo, para ser, como nos ha recordado Santo Padre, “presbíteros normales, sencillos, afables, equilibrados, pero capaces de dejarse regenerar constantemente en el Espíritu” (Francisco, Homilía con los Misioneros de la Misericordia, abril 2018). Que sea Cristo quien viva siempre en vuestro corazón, en los deseos y la mente, en las palabras y las obras, sólo El.

Decidle hoy al Señor, como Pedro, con todas las consecuencias: “Señor tu conoces todo, tu sabes que te amo”. ¿A alguien se le ocurre que sin una honda vida espiritual se puede perseverar como apóstoles audaces e intrépidos, afrontar con humildad los servicios sin exigir recompensas, estar dispuestos a compartir la vida con los pobres, vivir sin apegos materiales o afectivos o afrontar los retos pastorales más difíciles? La unión espiritual con Cristo es la fuente de la confianza y de la generosidad para evangelizar olvidándose de si mismo y sin temor. Aquí nace la audacia cristiana para vivir nuestra misión y salir al mundo para predicar, con confianza absoluta en el poder de Dios, no en nuestras cualidades o en el propio saber. El Papa Francisco nos ha pedido a los Sacerdotes que seamos apasionados en comunicar y anunciar el Evangelio: “La Iglesia no necesita tanto burócratas y funcionarios, sino misioneros apasionados, devorados por el entusiasmo de comunicar la verdadera vida” (Cf. GE). Esto es lo que os pedimos hoy: sed audaces, entregados, con gozo para evangelizar superando los obstáculos, la tibieza, el pesimismo.

En vísperas del mes misionero extraordinario no podemos pensar más que en ser misioneros, propagadores del amor y la verdad que salvan al hombre, en acompañar a cuantos se ven perdidos en esta cultura secularizada, individualista e inhumana, desconsolados, sin sentido. Escuchad al Señor: “Apacienta mis ovejas” (Jn 21,18). No os dejéis detener por nada ni os entretengáis en ocupaciones inútiles o controversias que llevan a ninguna parte, propias de quien no le apasiona la evangelización. La Jornada Mundial de las Migraciones que celebramos este domingo nos abre la mirada del corazón a los verdaderos dramas de la sociedad que esperan nuestra respuesta; sin duda, nos superan, pero, desde la compasión de Cristo, nos hacen comprender mejor la necesidad de nuestra misión. La misericordia del Señor nos quiere en vela, nos necesita activos, sensibles y disponibles para esa diaconía que nunca se acaba en el ministro ordenado. No hay que ir muy lejos para encontrar los corazones dolientes y el

sufrimiento de las personas. Solo hace falta para hallarlo que nos apremie la caridad de Cristo (cf. 2 Cor 5,14).

Hoy es un día de inmensa alegría. Sería raro que no sintierais alegría; sin embargo, en la emoción de hoy no está vuestra seguridad. Que vuestro gozo nazca de la comunión con Cristo que os ama y a quien amáis hasta compartir el envío del Padre al mundo. Estad dispuestos a vivir con El y a morir con El. Cristo murió por nosotros y solo el poder de la Cruz nos da una luz nueva para vivir vuestra misión, y la fuerza necesaria para ir contracorriente sin secundar los criterios del mundo, libres de la mundanidad y de las ideologías que desfiguran la Palabra de Dios o quieren amaestrar la enseñanza de Jesús. Cristo en el sufrimiento aprendió qué es obedecer, y así alcanzó la perfección de la entrega, hemos escuchado en la Carta a los Hebreos. Vivimos en un tiempo donde el martirio es una posibilidad real. Aunque no sea necesariamente mediante el sacrificio cruento, hay fácilmente otros martirios más sutiles, que a veces pueden desgastar más, mil formas de ridiculizar a la Iglesia, y de persecución, lo que genera un desgaste en el corazón de los cristianos y de los presbíteros. Tenemos que pedir la intercesión de los mártires para ser dignos hijos del pueblo al que pertenecemos. Invocamos a San Servando y San German, y a San Daniel, porque somos hijos de un pueblo de mártires. En esta situación hemos de cuidar por encima de todo la unidad y la comunión, y una fraternidad sin fisuras que nos fortalezca en la fidelidad para perseverar en la santidad.

A vosotros, chicos y chicas que estáis aquí, quiero deciros que, si sentís en el corazón en algún momento, o lo habéis sentido hoy, o en otra ocasión, que el Señor os llama, no le cerréis las puertas. Os aseguro que el Señor hace nuestra vida infinitamente más grande que nada que podamos imaginar. En el sacerdocio los muchachos, siguiéndole, entusiasmándonos con Él e imitándole, como uno puede seguir al mejor jefe, al héroe que uno pudiera imaginarse. ¿Las chicas? ...pues, amándole, justamente, también, como al mejor esposo, como al mejor novio. No le tengáis miedo al Señor. El nunca nos roba la vida: nos la llena, nos da lo mejor en la vocación, ese regalo inestimable para nosotros del que depende nuestra felicidad, pero también la vida y el gozo del mundo.

Recientemente nos hemos consagrado la diócesis al Corazón de Jesús. Que El haga crecer en nosotros el deseo de la santidad, en todos nosotros, en toda la Iglesia. Que nunca perdamos la fascinación del encuentro con El. La Iglesia y el mundo necesitan sacerdotes santos. Los santos sorprenden, desinstalan, porque sus vidas nos invitan a salir de la mediocridad tranquila y anestesiante” (Papa Francisco, *GE*, n. 138). Dejémonos transformar por el Señor, para después llevar la luz al mundo y a las personas que nos han sido confiadas. Queridos ordenandos: es bellísima la vocación sacerdotal. Que cada una de vuestras palabras y acciones transparenten al Buen Pastor que da la vida por sus ovejas, que ya no nos llama siervos sino amigos, que da paz al corazón y sentido a la vida. El os recompensará como solo Dios sabe hacerlo a quien, por amor, le entrega la vida. Amen.